

ligro, acudió al fuego, seguido de seis de sus sacerdotes, provistos todos de considerables sumas de dinero, y no solo animaban con la voz al pueblo, á los jornaleros y á los soldados á que trabajasen, sino que los estimulaban aun mas con el dinero que distribuian á los que estaban heridos; y cuando llegó á acabárseles el dinero, daban billetes de 2 libras 10 sueldos y de 5 libras (10 y 20 reales) á cada uno de aquellos que se distinguian por su actividad. Un capuchino, viendo á un mercader desesperado de no haber podido salvar una cómoda donde estaban encerrados todos sus papeles y su dinero, entró con admirable arrojo en un gabinete, presa ya de las llamas, donde se hallaba, y arrebatado por su caridad, encontró en sí bastante fuerza para arrancarla del fuego y entregársela á su dueño: se observó que tres hombres de los mas forzudos no pudieron sino muy á duras penas cargar con ella en la calle. En aquella espantosa calamidad, todos los religiosos hicieron cosas heroicas y espusieron sus vidas con un celo que solo la caridad cristiana y la religion pueden inspirar.... » Y este otro, que puede leerse en los *Anales de la Beneficencia* del siglo XVIII: « En la noche del 9 al 10 del mismo mes, habiéndose manifestado el fuego en uno de los barrios mas populosos del pueblo llamado Saint-Flour, tres casas fueron en pocos momentos consumidas por las llamas. El señor presbítero Vagron, canónigo y vicario general, impidió casi él solo que cundiese el incendio que ya se habia comu-

nicado á las casas fronteras de la calle.... Su intrépido celo salvó de una ruina segura mas de veinte casas. »

Y en nuestros dias, en marzo de 1836, todos los periódicos trajeron esta noticia: « El 8 á las 9 de la mañana estalló un incendio en Chatenay (departamento de Sena y Marne), y consumió cinco manzanas de casas. El señor Le Royer, cura de Chatenay, acudió uno de los primeros al sitio de la catástrofe, y con su ejemplo y su arrojo superiores á todo elogio, animó á los trabajadores. Subió sobre los tejados para atajar el fuego, echó mano á las bombas y arriesgó cien veces su vida.... He aqui un nuevo ejemplo que prueba que los ministros del Señor, tan indignamente ultrajados, son admirables, no solo en sus deberes espirituales, mas tambien cuando se trata de arriesgar su vida aun por los bienes temporales de sus feligreses. »

El Sacerdote católico no tiene mas miedo al agua que al fuego: « Cuando la sumersion de la aldea de Boult-sur-Suipe, M. Husson, cura ecónomo de aquella parroquia, refugiado en la iglesia con sus feligreses, se vió por todas partes acometido por las aguas. Entonces, tomando consejo solo de su celo y de su caridad, cargóse á costas el mas anciano de sus feligreses y le salvó atravesando sobre los témpanos un rio que tenia mas de cuatro pies de profundidad: lo mismo hizo, esponiendo mil veces su vida, en favor de sus otros quince feligreses, á quienes tuvo tambien la dicha de salvar. Cuando

sus superiores le dieron el parabien de tan bella accion, y le preguntaron como seria posible premiársela, respondió « que el pastor debia dar la vida por sus ovejas, y que así no tenia gran mérito en haber arriesgado la suya; pero que por lo demas, si querian premiarle por haber cumplido su deber, lo único que pedia era que no se hiciese pagar á sus pobres feligreses las trescientas libras (sobre 1,200 reales) que costaria el hacer reparar su presbiterio ¹. » Y el año pasado: « El señor presbitero Landois, antiguo rector del seminario de Bourges, y el señor presbitero Barrois, capellan del Hospital, se iban paseando un dia por unos prados cuando se ofreció á su vista el horrible espectáculo de un niño que se estaba ahogando en una de las anchas zanjas que cruzaban aquel terreno en estremo pantanoso. Pronto tomaron su partido aquellos dignos sacerdotes; perecer ó salvar á aquel desgraciado fué su grito unánime. El señor presbitero Barrois, el mas joven de los dos, aunque de una salud sumamente delicada, se precipita vestido como se hallaba en la sima donde estaba ya el niño á punto de espirar, entra en el cieno hasta el cuello, arrostra todos los peligros que le amenazan y logra arrancar á una muerte segura á la pobre criatura que tardó mucho en volver en si, pero que ya está fuera de cuidado. »

¹ Queda dicho en otras notas anteriores que así se llama la casa habitación de los curas párrocos en Francia. — N. del T.

He aqui un hermoso rasgo de otro género, consignado en los *Anales de la Virtud*, de 1788, en visperas de la revolucion ¹: « Un albañil de Burtoncourt, en Lorena, encargado de componer un pozo de treinta y tres pies de profundidad sobre seis de diámetro, bajó á su fondo; pero no bien hubo llegado á él cuando le cayó encima una enorme mole de tierra desmoronada. Una hora habia trascurrido desde que ocurrió este fatal accidente cuando se le noticiaron al cura, que acudió al punto al lugar de la desgracia, suplicando, exhortando, animando, prometiendo recompensas al primero que bajase al pozo. La gravedad del peligro arredra á todos los presentes; nadie se atreve á bajar.... Todavía estaba aquel digno pastor haciendo los mayores esfuerzos por persuadir á los que le rodeaban, cuando oye salir del fondo del pozo una voz lastimera que implora auxilio. Desnúdase inmediatamente el sacerdote y entra el primero en el pozo: su ejemplo alienta al concurso. Despues de haber abierto un boquete de doce pies, resuena un crujido; aterrados los trabajadores salen precipitadamente y, un momento despues, sucede un desmoronamiento semejante al primero. Todos huyen, mientras el intrépido cura penetra de nuevo en el pozo y con su ejemplo escita al resto de su grey: la actividad de to-

¹ Recuerda sin duda el autor esta circunstancia para hacer resaltar la injusticia del encono que desplegó la revolucion contra los ministros del altar. — N. del T.

dos los trabajadores llega á su punto. En fin, al cabo de cinco horas de arduo afán, logran descubrir al pobre albañil á quien sacan sano y salvo de entre los escombros. Ya el agua le había llegado á los hombros y un cuarto de hora despues se hubiera ahogado probablemente.

« El nombre de este animoso cura es M. Abel. »

Pero donde hay que ver la grandeza del clero es en las mas grandes calamidades que el cielo envia á la tierra en su cólera y en su bondad.

La peste de Marsella, entre otras, en 1720, fué para él ocasion de un heroismo permanente, cuyo apostol era Belsunce ayudado á todo trance por todas las comunidades religiosas.

M. Fournier, célebre doctor de la facultad de Montpellier, de la sociedad real de ciencias, trae varios testimonios de esta verdad en su obra titulada : *Observaciones sobre la naturaleza y regimen curativo de la fiebre pestilente, ó la peste, con los medios de evitar ó de contener sus progresos*; reimpressa en Dijon en 1777 : « El gobierno envió de Paris, dice, médicos y cirujanos mayores : muchos médicos de diferentes provincias acudieron espontáneamente y por el atractivo de las recompensas, al servicio de los enfermos : se les daba cuanto pedian, hasta ocho y diez mil francos por mes, y una pension para su familia en caso de muerte en el ejercicio de sus funciones.

Gran número de practicantes cirujanos, tan necesarios en aquella triste ocasion para el servicio de

los hospitales y para los enfermos de la ciudad, atraidos por la esperanza de hacer un caudal inmenso, acudieron de todas partes y *perecieron casi todos...* Las sacerdotes, los confesores y los religiosos de diferentes órdenes, *conducidos únicamente por el fervor y el celo ardiente de su caridad, fueron á Marsella de todas las provincias del reino aun las mas apartadas, y se sacrificaron, con la mas edificante resignacion, á los peligrosos trabajos del consuelo y de la confesion de los enfermos y de los moribundos.* Dáales este noble ejemplo el heroico Belsunce, el incomparable prelado de Marsella, prodigando en persona á sus ovejas heridas del terrible mal, todos los consuelos de su sagrado ministerio, y derramando en su seno, no solo el producto de sus rentas, de la venta de su vajilla y de sus muebles, mas tambien el de los empréstitos que multiplicaba diariamente ¹.

Pero oigamos al inmortal Belsunce, Cesar cristiano, que escribió como peleó : *eodem scripsit animo quo bellavit.*

« De gran consuelo me sirve, señor ilustrisimo, escribia el 22 de octubre de 1720, al obispo de Tolon, de gran consuelo me sirve en medio de los hor-

¹ Con semejante obispo á su cabeza, todos los sacerdotes hacian prodigios. — Cuando M. de Jossand quiso hacer sacar todos los enfermos de los sitios que embarazaban, y fué menester colocarlos en los coches destinados al intento, el presbítero Iscard, se encargó de aquella terrible comision, que le costó la vida. (Véanse los *Anales de la beneficencia francesa*, etc.)

rores que me rodean, ver que teneis la caridad de tomar parte en mis penas, por lo cual os doy las mas sinceras gracias. Merced á Dios, todavia estoy en pie en medio de los muertos y de los moribundos: todo ha caido en derredor de mi, y de todos los ministros del Señor que me han acompañado, no me queda ya mas que mi capellan limosnero. El presbitero Bougerel ha muerto en cuatro dias: de mi casa, convertida en hospital, han salido once muertos, y todavia tengo cinco enfermos, pero fuera de peligro. El P. de La Fare, á pesar de su avanzada edad, ha escapado, á fin de que á lo menos pudiese sobrevivir á los otros un padre de *Santa Cruz*: la misma buena suerte tuvo M. Guerin. ¡Dios os libre, Señor ilustrisimo de semejante azote! Tres meses hace ya que tenemos la peste en Marsella, y aun no le vemos el fin.. ¡Ah! ¡Cuanto no he sufrido en este espacio de tiempo! Durante ocho dias he visto debajo de mis ventanas doscientos muertos en completa putrefaccion; he tenido que andar por las calles, todas sin escepcion ceñidas por dos hileras de cadáveres medio podridos y roidos por los perros, y lleno el ámbito medio entre ellas, de inmundicias y de ropas de apestados, que no sabia uno materialmente donde poner los pies. — Una esponja empapada en vinagre junto á la nariz, recojida mi sotana debajo del brazo, tenia que cruzar por entre aquellos hediondos cadáveres para distinguir entre ellos, confesar y consolar á los moribundos sacados de sus casas y hacinados entre los muertos sobre

jergones: los montones de perros y de gatos muertos y corrompidos aumentaban el horror del espectáculo y el insoportable hedor. ¡Cuantos, cuantos momentos de amargura y de desolacion hemos pasado!.. Ahora, aunque todavia es grande el mal, empezamos ya á respirar; la mortandad va disminuyendo y ya hay mas orden desde que manda M. de Langon.

«Ya puedo andar por las calles sin encontrar muertos, y hace bastantes dias que no confieso á ningun apestado; aun quedan mucho hedor y mucha miseria, pero esto no es nada en comparacion de lo pasado..... Me hallo casi sin confesores: las personas tildadas de moral relajada, sin obligacion ninguna, han hecho prodigios de celo y de caridad, y han dado sus vidas por sus hermanos. Todos los jesuitas han perecido, salvo tres ó cuatro; muchos han venido de grandes distancias á entregarse voluntariamente á la muerte: nuestros rigo-ristas hallan abominable esta moral. *Treinta y tres capuchinos han muerto.*

«Todavía tengo en mi casa una docena de enfermos, y siempre estoy recibiendo solicitudes de otros muchos que piden venir. Veinte recoletos y otros tantos observantes han muerto al servicio de los enfermos, como tambien muchos carmelitas descalzos, minimos y carmelitas calzados, sin contar mis amados eclesiásticos que se han sacrificado. Ahora me considero como un general que ha perdido la flor

de sus tropas, y que se ve abandonado de lo restante.

«Me pregunta V.S. Ilustrísima ¿qué han hecho los *Apelantes* ó supuestos partidarios de la moral severa? Con arreglo á sus rigurosas máximas, han buscado su salvacion en la fuga, sin que les hayan causado el menor escrúpulo las obligaciones anejas á sus beneficios; órdenes, oficios, amonestaciones, amenazas, nada ha bastado á conseguir que vuelva uno solo. — ».

Un siglo despues, todos hemos visto lo mismo y lo hemos olvidado; pero la *historia eclesiástica* recuerda y recordará eternamente el admirable celo que mostró el clero cuando la invasion del terrible cólera morbo. — El informe oficial del ayuntamiento de Paris menciona gloriosamente el *desvelo*, los *trabajos*, los *sacrificios* del clero de San Sulpicio... y en los periódicos de entonces se leian hechos como este: — » Entre los eclesiásticos de Tolon, cuya conducta ha sido admirable, se cita particularmente á M. Cordouan, cura de San Luis, que entre otras mil pruebas de celo, ha dado la de enterrar él mismo una porcion de cadáveres. Un vicario, que repartia con él el servicio interino de la catedral, M. Vincens, se señaló con un rasgo de valor. Habian llevado dos cuerpos á la iglesia unos tahoneros, y como estos se volvieron apenas los dejaron alli, fué preciso ir á buscar cuatro mozos de cordel para que los llevasen en andas al campo santo: convinieron en ello y se pusieron cada cual en su esquina, pero

el cuarto, que estaba borracho, declaró brutalmente que no le convenia tomar aquella carga. «Teneis razon, amigo mio, le dijo M. Vincens, yo soy quien debe tomarla.» Y quitándose las vestiduras, se pasó al hombro la correa del féretro. Aquel digno sacerdote hizo veces de cirujano, de médico, de enfermero, juntamente con sus cólegas¹..... »

Fuera del clero no se conciben ciertas acciones generosas que en él son comunes: he aqui una ocurrida este año, y de que hace mencion un periódico protestante: «Dias pasados sabia el monte del Portel el presbitero Haffreingue, del clero de Boulogne-sur-Mer, cuando vió á corta distancia á varios militares que le seguian, y deseoso de trabar conversacion con ellos, acertó el paso para dar tiempo á que le alcanzasen; mas pronto se internaron entre los árboles y habiéndolos seguido, vió á dos de ellos quitarse las casacas y empezar á darse de sablazos... M. Haffreingue se precipita hácia ellos: — *Es una*

¹ No conocemos ni conoce nadie rasgos de este género en el clero protestante, luterano, calvinista, anglicano.... Otros muy diferentes se citan, y entre ellos este, sacado no de un *libro*, no de un *periódico*, sino ¿quién lo creyera? de una *pastoral* del obispo protestante de Dublin: «Un protestante que se halla atacado de una enfermedad contagiosa, está *obligado* á no *esponer* á su pastor al peligro de que se le pegue su enfermedad, llamándole á su lado. (Véase esto como contraste, y como *ciprés* de tierra, de cementerio y aun de infierno, en las *Flores del cielo* del presbítero Orsini.) El ministro calvinista no puede esponer su vida sin poner en peligro las de su *muger* y sus hijos. Tiene el valor de marido y de padre, valor natural, pero no glorioso.

mala vergüenza, les dice, ver á dos hombres racionales esponerse así. — *Un francés debe saber morir,* respondió uno de los combatientes. — *Si, pero por la patria,* replica el sacerdote, y esto diciendo, coje por la hoja el sable de uno de ellos, y declara que no le soltará hasta que le hayan prometido por su honor renunciar á su desafío. Subyugados por tanta bondad unida á tanta entereza, los dos militares prometieron no batirse. »

Veamos otras escenas eclesiásticas gloriosas.

Esta se lee en estos términos en la *Gaceta de los Tribunales* del mes de noviembre pasado: «Un joven de veinticuatro años, de una de las principales familias, del barrio de S. Antonio, en Paris, sentia hace muchos meses un profundo hastio de la vida, de resultas de algunas desazones domésticas. El lunes pasado, en fin, entre las diez y las once de la noche, despues de haber escrito á su familia una carta en la que esponia los motivos que le determinaban á darse la muerte, fué á la plaza de la Bastilla, y ya estaba á punto de precipitarse en el canal, cuando un sacerdote que pasaba por junto á aquel desgraciado joven le cojió por la cintura, y con palabras llenas de dulzura y de firmeza abrió su alma al arrepentimiento: deshecho en lágrimas, cayó el pobre joven á los pies del venerable eclesiástico pidiéndole su bendicion y prometiéndole no atentar contra su vida. El digno pastor quiso completar su obra acompañando á su casa al joven á quien acababa de salvar, y al cual ha prometido su eficaz intervencion para

hacer cesar las desazones que le ¡determinaban á quitarse la vida. »

Un hecho notable y verdaderamente *glorioso* ocurrió en medio de la asonada del 13 de mayo¹, y por una increíble fatalidad, todavía nadie ha hecho mención de él. El cura de San Mery logró él solo dominar á una muchedumbre furiosa, resuelta á saquear é incendiar la Iglesia y el arrabal... Un testigo ocular nos asegura que el digno sacerdote le recordó la magnífica espresion de Virgilio :

. *Si fortè virum quem
Conspexere, silent.*

Hay heroismos mas admirables todavía, y entre otros mil, los de : — S. Francisco de Asis pasando del campamento de los cruzados al de los Sarracenos, á ofrecer al soldan que encenderia una hoguera en la que entraria el primero con sus sacerdotes, á fin de mostrar cual era la verdadera religion : — S. Pedro Gonzalez, á quien queria seducir una *muger audaz*, imaginando tenderse sobre unas ascuas (temeroso, sin duda, de verlas algun dia sobre su cabeza), y esclamando : — ¡ *Alli os espero!* — La hermosa Margarita, *muger fuerte* ó si se quiere, *muger audaz* de otro género, esposa de un santo, que era capaz de suscitar, al saber en Damietta que

¹ De 1859, en la que fué principal actor el republicano Barbés, luego condenado á muerte por la cámara de los pares y perdonado por el rey. — N. del T.

habia caido prisionero y que los Sarracenos eran vencedores, llamó junto á sí á un caballero octogenario y le suplicó que le cortase la cabeza si tomaban la ciudad: *Ya lo habia pensado*, respondió el valeroso anciano. — Este es el verdadero y acaso el único ejemplo de suicidio cristiano..... Miento; he aqui otro: — S. Francisco de Borja, al recibir la nueva de la muerte de la duquesa de Lerma, la mas querida de sus hijas: « ¡Y qué! dijo la condesa de M...., ¿se ha visto jamás á nadie sentir menos la muerte de una hija? — Señora, Dios me la habia prestado y ahora me la ha pedido. ¿No debo agradecerle que me la haya dejado tanto tiempo y que la haya hecho luego entrar en la gloria, como lo espero de su misericordia? »

Si fuera cierto, como lo creemos, que en último análisis, la mas difícil, la mas rara, la mas verdaderamente gloriosa de las virtudes es la humildad¹, solo en la Iglesia se hallarian un S. Carlos Borromeo, que siempre llevaba á su lado dos discretos sacerdotes encargados por orden suya de observar sus acciones y de reprenderlas públicamente: — Un S. Francisco de Asis, fundador de los hermanos menores: — conservándose diácono toda su vida, temeroso de la elevacion del sacerdocio, y exclamando: « Si Dios hubiera concedido al mayor pe-

¹ Angélico, ilustre pintor dominico, dejaba adrede algunos defectos en sus obras maestras, para no esponerse á alabanzas sin restriccion.

gador tantas mercedes como á mí, este hubiera sido menos ingrato de lo que yo lo soy: si me hubiera abandonado á mí mismo, yo hubiera cometido mas crímenes que todos los otros pecadores. » — Una santa Teresa calumniada, diciendo: « ¡Dios mio! ¡si los que tan mal hablan de mí me conocieran, cuanto peor hablarían! »

Un Francisco Javier escribiendo á Santiago Pereira: « La gracia y la caridad de Nuestro Señor, etc. — Pues que la enormidad de mis crímenes¹ ha sido causa de que Dios no se ha valido ni de vos ni de mí para el viage de la China, no lo atribuyais mas que á mis pecados únicamente que son tan grandes y tan graves que han atraido la desgracia no solo sobre mí, mas tambien sobre vos y sobre vuestras cosas, haciéndoos perder el dinero que habiais empleado en los preparativos de esta embajada. Sin embargo, lo que me consuela algun tanto, es que Dios me es testigo de la pureza de intenciones que me ha animado en toda esta empresa, dirigidas todas al acrecentamiento de su gloria y á vuestra conveniencia. »

Pero sin elevarnos hasta el *tercer cielo*, oigamos

¹ No hay que admirarse de una *confesion* tan extraordinaria. Está fundada, 1º en la simple fe en la grandeza de Dios, que no permite ni una negligencia, ni una imperfeccion sin el temor y la seguridad de ofenderle: 2º sobre la decision de la Iglesia, es decir del Espíritu Santo que pone todos los dias en boca del sacerdote, en el *Ofertorio* de la misa: *Ego indignus famulus tuus offero, pro INNUMERABILIBUS peccatis, et offensionibus et NEGLIGENTIIS meis.*

á un Fenelon escribiendo á un Bossuet en 1694 :

« No he querido mas que lo que siempre queria, si place á Dios, que es conocer la verdad. Soy sacerdote : todo se lo debo á la Iglesia, y nada á mi ni á mi reputacion personal.— Declaroos pues de nuevo, Señor ilustrísimo, que no quiero seguir un solo instante mas en el menor error por culpa mia, y si no salgo inmediatamente de los errores en que estoy, os declaro que vuestra será la culpa. Os intimo, pues, en nombre de Dios y por el amor que debeis á la verdad, que me la digais sin ningun rebozo, é iré á esconderme y á hacer penitencia el resto de mis dias, despues de haber abjurado y retractado públicamente la falsa doctrina que me ha seducido : pero si mi doctrina es inocente, no me tengais indeciso por respetos humanos. A vos os compete instruir á los que se escandalizan, por no conocer las operaciones de Dios en las almas. — Bien sabeis con qué confianza me he entregado á vos y me he dedicado sin tregua á no dejaros ignorar ningun pensamiento mio : todo mi deber, ahora como siempre, es obedecer, porque lo que veo en vos no es el hombre ni el eminente doctor, sino Dios.... »

Y en 1695 :

« Tanto se me da retractarme hoy como mañana, y aun lo prefiero con mucho, porque cuanto antes se reconozca la verdad y se obedezca, tanto mejor..... En nombre de Dios, no gasteis miramientos conmigo : tratadme como á un niño de la

escuela, sin pensar ni en el puesto que ocupo ni en las bondades que siempre me habeis dispensado.... »

Ejemplos admirables de humildad y de desinterés juntamente : — Jimenez no aceptó el arzobispado de Toledo sino por orden espresa del Papa:— Cristobal de Beaumont no aceptó el arzobispado de Paris¹ sino por orden espresa del rey y del soberano pontífice : — Pio VI, á la nueva de su nombramiento, cayó de rodillas, pronunció en alta voz una ferviente oracion que hizo prorumpir en llanto á los cardenales y exclamó : ¡ *Cuan desgraciado soy* ²! — Y el cardenal Odescalchi resignó en nuestros dias la púrpura romana por entrar simple novicio en la humilde compañía de Jesus.

Ejemplos mas admirables todavia á los ojos del

¹ Tal es la humildad de los obispos, que suscita hasta la humildad de los reyes.

Habiendo muerto el arzobispo de Viena, el emperador Francisco, padre del actual emperador, eligió para reemplazarle á un santo sacerdote de muy baja estraccion, lo que ocasionó un grande escándalo. La corte entera puso el grito en el cielo, pero el emperador se contentó con responder á todas las reclamaciones : ¡ *Qué quereis? de un apostol he podido muy bien hacer un príncipe, pero con todo mi dominio no hubiera podido hacer de un príncipe un apostol.*

² El cardenal Polo, dueño sin embargo de obtener una dispensa, llevó acaso la virtud á mas alto grado que Carlos Quinto, que no abdicó la corona, sino despues de haber reconocido su vanidad, rehusando la mano de la reina María, y por consiguiente la corona de Inglaterra, que el mismo Carlos V ambicionó tanto para su hijo Felipe II,